

## SOBRE FAMILIAS EXTENSAS (O de cómo tantos juntos acaban oliendo mal)

MEMO ÁNJEL\*

Escritor de origen judío sefardí. Comunicador social-periodista, Doctor en Filosofía y profesor de la Universidad Pontificia Bolivariana. Tiene varios libros publicados.

*El carácter pernicioso de jugar con  
trampas y engaños...*

Jairo Osorio Gómez.  
Familia, la novela amoral de Antioquia

### Un primer olor feo

Hubo un tiempo en que tener hijos fue un asunto económico. La palabra prole, que da origen a proletario, contenía en sus adentros aquello de vivir económicamente de la familia, ya porque los hijos salieran buenos trabajadores y con ingenio, ya porque resultaran perniciosos y se arriesgaran a lo que fuera en el oficio, arte o ruindad de conseguir dinero, que son acciones variadas y lindan con la desmesura. Y en esto de los hijos los hubo legales

frente a la ley y las costumbres, e ilegales, que nacieron al escondido y vivieron ídem los más de los casos, rondando. Los primeros se hacían cargo de los negocios de la familia y daban lustre al apellido, los segundos asumían los negocios sucios del padre y con él arreglaban cuentas en algún café discreto, en una esquina de paso o en la parte de atrás de un bus. Muchos de estos hijos habidos por afuera del matrimonio se hicieron más ricos que sus hermanos medios, pues ya de perder tenían poco y las probabilidades de ganancia muchas. Y la diferencia entre ellos fue que los últimos eran blancos por tener el apellido y los otros negros, no por el color sino a causa de sus madres, casi siempre lavanderas y cocineras, cuando no dadas al oficio de la putería. Lo anterior, en familias con dinero. En las pobres, los hijos salieron al desgaire, provenientes de una o varias mujeres o de distintos padres y a veces hasta los parieron en medio de un baile u ordeñando vacas. Una vida dura esa. Pasó en Europa, en Asia y en América<sup>1</sup>. Las buenas familias se parecen y las malas también, con perdón de Tolstói. Y si algunas son felices en apariencia, esa felicidad aparentada se acaba cuando aparece la oveja negra (a veces en serie), que tampoco es necesariamente negra pero sí de amores con el lobo. Las que son infelices, en tanto, no se hacen aguas: la vida es así, se carga la cruz, cada día trae su afán y lo que pasa, que pase. No hay mal que dure cien años, porque pocos duran el siglo. Y si lo duran, han perdido la memoria de cualquier cosa que los moleste.

América es lo que llegó de Europa, los que trajeron de África y lo que queda de los indios. Y todos tienen rabo de paja, escondrijo y un sumario que por más que se lave nunca llega a santoral, a pesar de que hay santos váyase a saber salidos de dónde. Cuando se leen las crónicas de Indias, las españolas y las inglesas, las italianas, las alemanas y las francesas, las de los portugueses y algunas que se imprimieron en Holanda, pocos de los que llegaron tenían algo qué perder. Llegaron sin moral, sin saber leer, dados a darse puñaladas y con buen ojo para lo ajeno. Y si bien hubo casi-santos en estas tierras y gente de bien, la proyección geométrica de la paridera (como diría Fernando Vallejo) llevó a que aparecieran más diablos y mujeres salidas del corral, desde el tirano Aguirre y sus

---

<sup>1</sup> Y supongo que en algunos lugares sigue pasando.

marañonas hasta los entendidos en casas de putas en las que atienden a los presidentes cuando no están en su palacio de gobierno<sup>2</sup>.

De tiranos y prostíbulos, la cuenta es grande. Y es que la tierra está bien abonada para la pecadera, que se esconde hondo pero flota cuando la necesidad es mucha. *Flor de fango*, como escribió Vargas Vila, el panfletario. O *El delta de Venus*, tan detallado por Anaïs Nin. O en términos de algunos teólogos, el pecado como elemento necesario para el arrepentimiento y la salvación. Con esta teoría, Rasputín, el monje ruso, viajó de cama en cama. Unos dicen que como místico y otros que como creador de secretos de familia. Lo que haya sido, hace parte de lo que la gente hace. Placer y desobediencia parecieran ser lo mismo. En ambas palabras se incita a la desmesura.

En el siglo XVII, se habló de bandidos y de pícaros, en el XVIII de bandoleros y suspicaces, en el XIX de gentes de malas costumbres y perniciosa, lo que incluía religiosos ensimismados y predicadores que iban en contra de lo dicho; y en el XX, de hampones, comunistas, hombres y mujeres de mal vivir, ladrones con sumario y, entrando en el XXI, de corruptos, que es la misma gente corrompida de la que hablan las mujeres viejas, las crónicas y las oraciones contra el mal de ojo y la cría de diablos en los rincones. O sea que el asunto de la oveja negra no cambia sino que se amplía. Y en cada generación de malos (o de gente en veremos, que es la que más abunda) no faltaron el aguardiente (o el licor que sea), la baraja y los escándalos públicos, sea esto lo que sea, pues antes un escándalo público era una pelea en la calle a cuchillo o entre mujeres, y hoy en día lo escandaloso es tan amplio que no hay una palabra que lo defina bien. Tantos pecados hemos cometido y se cometen.

Y esto que pasó en América (buenos y malos en una especie de sopa mixta), toca con la del norte y la del sur, la primera con puritanos (buenos coleccionistas de perversiones<sup>3</sup>) y la segunda con gente sin purificar, pero ambas con las mismas pasiones y desmesuras, las unas afincadas en la avaricia y la hipocresía, las otras al aire libre y entre bailes,

<sup>2</sup> Sobre estas crónicas son duchos Guillermo Cabrera Infante, Augusto Roa Bastos, Miguel Ángel Asturias, Gabriel García Márquez y otros.

<sup>3</sup> Baste leer a Nathaniel Hawthorne.

anda por ahí. Y no es que no haya habido gente buena en este mundo nuevo, sino que bajo lo bueno siempre está lo malo y este se cría con solo soplarlo, basta un diablo que tienta y otro al lado que empuje.

### Un segundo olor feo

El mundo se pobló con uno malo (un ganoso, dirán) que echaron del paraíso, si le hacemos caso a las palabras sagradas. Y lo echaron por desobediente, porque cedió a la lujuria y nombró las cosas para él, que ese fue el problema del árbol de conocimiento, que hacía ver las cosas con relación a mí y no del resto. Y añadiéndole algo a lo que Darwin dice, con la evolución de los organismos también evolucionó la codicia: a más cuerpo unido a otro y ganas repetidas, más necesidad de espacio y selección del otro. Y si creemos en lo que escribió Malthus, que llegaría un momento en que animales y hombres superarían en número la cantidad de alimentos, el resultado ha sido de gente quitando y jugando a la baraja y los dados, subiendo y cayendo, yendo de un lugar a otro y cambiando de cara según la situación, mucha confesada y otra sin confesar. Y como el clima es variable (las señoras dirán que con serenos peligrosos) aparece la enfermedad del arriesgue, que ha producido locos por doquier y gente ajustada con orines, como dice Fernando González, o sea medio enana y con propensión a todo lo que es raro. Como ejemplo para los que dicen descender de nobles, basta ver en los Borbones la cantidad de bobos y sátiros que ha producido esa familia, incluyendo al penúltimo que bebe hasta perder el sentido para que crean que está borracho y no cargando con la peste familiar, que es bastante y diversa en historias clínicas y sumarios. Y aquí, en esta familia de reyes (las buenas familias de las fotos no son las buenas familias de los cuartos), entra el punto de la moral, asunto que si no se cumple como se debe entonces se aparenta, se perfuma y se disfraza. Y en las apariencias se esconden las intimidades, aunque estas al fin se salen y no hay quien las pare, que lo que hacemos se parece mucho a los ratones: no más se está hundiendo el barco y ya todos están saltando. Creo que la gente lee novelas de gente mala no para enterarse de hasta dónde llega el mal sino para situarse en él (en lo que saben porque lo han contado en las cocinas, en los bares y en los

confesionarios), que no hay nadie que no haya pecado y por más perdón que pida, el pecado le sigue ahí. Se le vuelve una sombra, un mordisco y, como el pecado envicia, se repite. Pecando vamos por el mundo, D's nos perdone y el diablo ayude.

Así que seguimos echados del paraíso, pero no ya como meros desplazados sino ajustando cuentas, y en esto se nos va la vida. Unas mujeres rezan, otras tiran cartas, las más comen calladas, cosa que se dice que es buena educación. Y la historia es doble, para que no falte de qué hablar y temer.

### Los olores antioqueños

Del antioqueño se ha dicho que es trabajador, visionario, negociante, prolífico, arriesgado, caminador, parlanchín, capaz de ganarle al diablo una partida de tute y de entrar al cielo a punta de cuentos. ¿Pero existe un antioqueño o son varios? De acuerdo con la geografía, lo antioqueños serían de varios tipos: el minero del nordeste, que compra lo que le lleven, lo que incluye bisutería y mujeres; el arriero del suroeste, buen negociante y repentista (la trova cuenta lo que está escondido); el bailador y ganadero de las riberas del Cauca; el introvertido de las tierras lecheras y legumbreras, y el de Medellín, que se mantiene asustado porque debe más de lo que tiene, que ser de Medellín ya es ser blanco y el que no compra ni aparenta deja de serlo. Y si los antioqueños son tantos y tan variados, ¿qué los une? Tal vez el aguardiente y el juego, el ser de la familia de algún fundador de pueblos<sup>4</sup> y hacer parte de una casa con muchos hijos. Y el apellido que, si es doble y ojalá cuádruple, saca a mucha gente de que la piensen habida en un burdel, a la orilla de una quebrada o en la pieza que está al lado de la cocina.

Sobre los distintos antioqueños, que hoy incluye una variedad costeña, han escrito con amplitud Tomás Carrasquilla (habló de mineros), Francisco de Paula Rendón (habló de ribereños), Alfonso Castro (habló de los enfermos de Medellín), Fernando González (habló de los que

<sup>4</sup> O de uno de esos pobladores de los que hablan las crónicas, que si no fundaron pueblo si fecundaron con ganas.

nacen con dientes debido al alcoholismo), Manuel Mejía Vallejo (habló de maldecidos), Darío Ruiz Gómez (habló de las mujeres que beben para que lo vivido no sea cierto), Mario Escobar Velázquez (habló de los perdidos en Urabá), Tomás González (habla de los fracasados), y ahora Jairo Osorio Gómez, que habla de los malos y los buenos juntos, y no de antes sino de hoy y a estas horas. Osorio Gómez va con restos en esta mesa de apuestas que es la antioqueñidad, identidad extraña por lo mutante y variable. Y que, como la bandeja paisa o el mondongo, contiene lo rico y lo que cae mal, lo que engorda y produce daño de estómago si uno no está enseñado.

Un antioqueño (no importa en qué lugar de la fauna esté) es católico de acto o por si acaso (prende velas, lleva estampitas consigo) y cree más en la Virgen que en D's; cría neura y explota cuando menos se piensa (la cruz de las mujeres son las explosiones y delirios de sus maridos), y exagera la situación, que es una manera de mentir que no llega a pecado venial. Y tiende a ser gordo y, si está en Medellín, a emborracharse oyendo tangos o boleros. Y esto de estar en Medellín es interesante porque aquí se puede inventar uno mismo. Medellín carece de fundadores, las familias importantes fueron y son de plata (váyase a saber el origen), la escalada social depende de los negocios (legales e ilegales) y las iglesias son muchas, lo que implica que el perdón de D's abunda, así la gente no se perdona entre ella. Y, como la ciudad es grande se crían vicios diversos, unos tradicionales y otros traídos de Miami o Nueva York, incluidos los de tener hijos y después salir del clóset (lo que antes no pasaba porque se seguía en el clóset). O de que alguno viva de flor, el mantenido, que es el más criticón y en ocasiones buen jugador de billar, que no falta en cada casa y es defendido por las mujeres, quizá porque se parece al Niño Jesús y quién ha visto al Señor trabajando. Y en este ambiente, donde lo pueblerino se une con lo urbano, la familia se convierte en un ir y venir entre contradicciones y disfuncionalidades, aciertos en la rutina (mientras dure el empleo o crezca el negocio) y logros que se confunden con partidos de fútbol y sumarios burlados, unos de juzgados y otros de conciencia. Quizá por esto gustan tanto los entierros, porque ahí, al fin, uno que pecaba en forma ya descansa en paz. Las mujeres aprovechan los velorios para,

sentadas en la cama, hacer un balance del muerto. Y así lloran y ríen, se echan bendiciones y cancelan ganas, como lo cuenta Fernando González en *Don Mirócleles*.

La ciudad, en este caso Medellín, es una extensión de la aldea. Y con el tiempo se convierte en una suma de aldeas y pensamiento aldeano, en mentalidad provinciana y modernidad que se usa para ganar dinero pero no para entender el mundo, que a veces este no es más que ir de la ciudad al pueblo de origen y regresar por el mismo camino. Y si en el mundo hay chinos o árabes, judíos o gringos, es porque aparecen en el camino sitio-origen-sitio que ya se hace por instinto. Hay quien ha ido a su pueblo dormido y dormido ha vuelto, como si nada, Y es que un buen antioqueño (no importa de qué Antioquia venga), se conforma con saber poco y convertir ese saber en algo práctico al que le saca punta, como a un lápiz, hasta que se acaban el grafito y el borrador, siendo el borrador lo que más se usa, en especial en esas acciones que comprometen. Las mujeres borran, los viejos borran, a los niños les enseñan a borrar, los curas borran y el borrador es casi un objeto sagrado y milagrero. El borrador es un gran invento y hay gente hábil que borra y no se nota. Y esto no es malo del todo. Desde que se descubrió América, lo que más abundó fue el palimpsesto. Así las cosas pasan y se cubren con otras que dicen lo contrario. O se aumentan tanto que acaban deformadas y entonces, para descubrirlas, hay que escribir novelas.

### La novela amoral de Jairo Osorio Gómez

La moral es aquella costumbre que se tiene como buena porque no causa dolor. O sea que es un asunto de convivencia social y no una palabra para irse al cielo y menos para ganar indulgencias. La inmoralidad es irse contra las costumbres buenas y burlarse de ellas con el ejercicio del libertinaje, lo que produce desorden, chabacanería y caricaturas. La amoralidad es la no moral (la sin moral, pero funcionando), un estado en el que no estoy en la moral pero tampoco me voy contra ella. Algo así como el ateo que acompaña a su mujer a misa, que se sabe el ritual y las oraciones, pero en lugar de echarse la bendición o rezar, se la pasa viendo muchachas o mirando el altar para saber qué le hace falta y después ir

a ofrecerlo y lograr una buena ganancia. A muchos se les han ocurrido grandes negocios mirando la cara de san Judas o la de la Virgen, y no entienden que esto sea un milagro sino mirar en la dirección correcta. El amoral, entonces, es un sujeto que no es ni bueno ni malo del todo, que es escéptico y no está contra nada. Solo se mueve según vengan las aguas y, si el caso es extremo, reza para ver qué pasa. Es un buen cañador de cartas. Y así va, viviendo, pues los verbos que usa nunca están en infinitivo. Para él no hay comer sino comiendo, vivir sino viviendo, caminar sino caminando, enamorar sino enamorando, trabajar sino trabajando. Habita el presente en acción continúa y así no existe el morir sino el muriendo, el negociar sino el negociando, el llegar sino el llegando, el dormir sino el durmiendo. A Fernando González le gustaban mucho estos gerundios, que en el ser es siendo y en el estar estando<sup>5</sup>. Y lo que pase, que pase, pues solo está pasando: el asunto es admitir la presencia (de lo que sea) y jugársela ahí. Luego vendrá la eternidad y de allí ya no sale nadie.

Cuando Jairo Osorio Gómez, hombre de apellido doble para que la historia familiar sea extensa, escribe su novela amoral, plantea un espacio de emociones diversas, algo como un mercado de pueblo que ofrece desde mamoncillos hasta cañón de cerdo, todo esto mediado por dulces varios, aguacates, oraciones del ánima sola, arracacha, yuca, mango, papa criolla, aguardiente de alambique (lo que se llama tapetusa), grasa para las sobaduras y menjunjes que curan enfermedades de las que no se habla. Y por ahí se mueve su gente, que bebe fuerte, juega fuerte y es loca, siendo esta locura no una enfermedad sino un ser y no ser, un estar y no estar, un asustarse y al final contarse un chiste.

Desde que Fernando González se inventó al Manuelito Fernández de *Don Mirócles* (que nació con dientes a causa de haber sido engendrado y ajustado con aguardiente y que bebió por todas las generaciones anteriores, que se burló de Abraham Urquijo que era usurero y posaba de santo), sí, desde la aparición de este librito, Fernando González sacó a flote la amoralidad y esto ya no fue un caso raro sino parte de la normalidad. Lo normal es lo que hace la mayoría, incluyendo en lo normal lo que se esconde y no se dice, lo que está ahí y se tapa sentándose encima.

---

<sup>5</sup> Como bien los explica en *El libro de los viajes y las presencias*.

Y que en realidad no se esconde porque todos lo saben pero lo callan, pues los pactos de silencio son como inversiones: el que calla, gana. Y si no gana, al menos no se mete en problemas. En la amoralidad hay un callarse la boca, un pensar en otra cosa y un mirar para otro lado. Y si en ocasiones lo que está escondido se rompe en las cocinas (de lo que dicen las mujeres se hace la historia cierta), de inmediato se le da otro hervor y entonces es como si no hubiera pasado nada o se estuviera hablando de una novela o de un programa de radio. El sancocho enseña mucho de esto: si viene otro, se le hecha agua y se pasa de lo espeso a la sopa. Y así todos comen y el asunto ya sabe de otra manera.

Una familia es una especie de tabla periódica de los elementos. Allí están los átomos que habrán de conformar moléculas, lo impuro y lo puro, lo que serán aleaciones fuertes o explosiones peligrosas. Y en ese asunto molecular, de cadenas que se unen y en algún punto se rompen, aparecen las formas, las transformaciones, las herrumbres, la liquidez de los ácidos y el orín continuado que cada tanto se limpia quitándole resistencia a los materiales. De esa tabla periódica. Primo Levi, sacó el espíritu de su familia. Y no usándola como un mero recurso literario sino porque una familia es un espacio de transformación, un mundo que contiene todo y, al mezclarse, produce lo inesperado. Y si se profundiza en las relaciones familiares, en lo que ahí se da y se mezcla, ya por una situación, un imprevisto o, como dicen las señoras antioqueñas, por lo que se veía venir, una familia es un microcosmos de un mundo creándose. No hay nada definido, todo se está definiendo. Y en el mundo de las definiciones que no se completan, que son las de los tiempos que pasan, las familias son mutantes, suben, bajan, se amplían y se estrechan. Y pasan cosas, porque la vida es que pasen.

Leyendo a Jairo Osorio Gómez, todas las familias extensas son iguales: son un mundo de alebrestes en el que abundan los sueños y los sustos, los agradecimientos y las oraciones, lo escondido y lo manifiesto, lo que es y se trata de que no sea, lo frío y lo caliente. Y ya, en el caso que toca Osorio Gómez, el de su familia antioqueña, un espacio con magia y aprendices de mago, con bocas secas y otras oliendo a aguardiente, con ojos abiertos y cerrados, con gente que salta y otra que se agarra fino.

Esto quiere decir que no hay familia que no aparente y sonría tragando sustos.

La familia que trata Jairo Osorio es una familia de campo, pueblo y ciudad. Es una extensión en el tiempo y los espacios, en las palabras que no paran de nombrar hechos y de sacar a flote lo sucio y lo limpio, pues realmente no es de un naufragio del que habla sino de una tormenta que a veces para y permite ver el sol. Es una familia viva en los tiempos que le han tocado, que son los más perniciosos de la historia nacional y que toca con esta historia que desbarató valores y principios, cuestionó la moralidad aparentada y puso de manifiesto la carencia de país. Nunca hemos tenido país, solo gente haciendo cosas y saltando matojos, afeitándose cuando se puede y bailando antes de que se acabe la plata. Y como esta familia amoral son muchas las familias, las unas blancas y las otras negras, las unas hablando duro y las otras murmurando, pero al fin iguales, ya frente a una gran mesa o delante de un sancocho callejero. ¿Y quién no está untado de lo que pasa? ¿Dónde no aparece la oveja negra? ¿En qué situación no se calla lo que molesta? ¿Quién no se ha puesto una máscara? En el teatro familiar, más que meros actos hay cuadros y en uno de ellos está la copia de La cena de Leonardo Da Vinci, en la que se come, se traiciona y no falta el que se acaricie. Esa cena no tuvo final, pero sí mucho contenido. Algunos dicen que Juan era una mujer, por ejemplo.

Jairo Osorio ha sido un viajero, de tramos cortos y largos, y lo mismo habita unas horas que unos días, ya frente a una calle o una cara, ya delante del mar o una estación de trenes. Y en estos viajes, imaginando y pensando, poniendo las cartas sobre la mesa y tallando, ha hecho literatura e historia al mismo tiempo. Su mundo no es el de las invenciones, es el de las presencias. Y como en esas presencias hay algo y falta algo, lo que hay se cuenta y lo que falta se presume, siendo la presunción eso que alimenta la calladera de los otros, que al final es lo cierto que falta.

La tarea del escritor es tomar un papel y comenzar a rayarlo para ver lo que está escondido en esa superficie que, siendo blanca, realmente contiene hechos que hay que develar. Así que un buen escritor no se angustia frente a una hoja en blanco, sino que la hoja en blanco le es necesaria para irse revelando e ir revelando. Igual a la hoja de papel

fotográfico (Jairo también es fotógrafo) que al entrar en los líquidos del laboratorio comienza a producir una imagen captada antes. El papel es un ayudante de la memoria, del pensamiento en orden que es la escritura. Y la escritura ya es memoria que no cambia, que está ahí para que otros sepan e imaginen, como decía Borges. Y en esto de escribir, de darle sentido a los verbos, al sujeto y al contexto, Jairo Osorio Gómez habla de una familia amplia, que no es única sino múltiple, que contiene pasado y desmemoria, que acierta con los orígenes y presume los que le faltan, que está ahí, reconociendo a unos y a otros y, al mismo tiempo, dando una versión de la historia del país. Y ya, como en una película, los espectadores toman para sí lo que les toca.

Esta familia amoral de Antioquia, que llevaría a pensar en una Antioquia amoral que es una gran familia, las unas de postín y las otras buscando de dónde vienen, algunas creyentes y las más medio herejes, compromete al lector, porque no se habla de una familia única sino de una que está relacionada con otras y a la vez se superpone encima de otra, que contiene en sí silencios y ojos cerrados, cambios de esquina y jugadas a tres bandas, el hacer y dejar hacer, hablar a medias y maquillar el resto. Y no solo habla del antioqueño apostador y habitante de espacios riesgosos sino que, por extensión y así se trate de negar, muestra al resto de la nación colombiana y de América Latina (la del norte se deja para otro análisis, que no por puritanos esconden peores cosas), que estas caribeñas y de montes altos son tierras haciéndose, selva y monte, lujuria y calor, ríos desbordados y bosques talados pero con la raíces intactas, encimas y debajos, lo uno brotando y lo otro hundiéndose. Es un baile como el de la Esquina rosada, de punta a punta y después lo que venga, que para eso son las agüitas aromáticas y las estampitas que se alumbran con veladoras: para que lo que pase no dé tan duro.

### Una conciencia

Descendemos de negadores, desde Caín que le dijo a D's (en el caso de que D's exista, como diría un amoral) que él no era guarda de su hermano. Y en este negar nos hacemos seres literarios, susceptibles de historias ciertas e imaginarias. Y en esto que contamos de nosotros y de

lo que nos pasa en la vida tomamos conciencia de estar vivos, de las oportunidades y fracasos, de las alegrías y tristezas, de las locuras y estados de razón. Ya, cuando hablamos, negamos lo que nos pondría en situación de sospecha y tratamos de adornar el resto. Esto pasa en la historia (que cada tanto hay que escribirla para hacer limpieza), en la psicología (donde los autores tratan de universalizar su propio trauma<sup>6</sup>), en la filosofía (que es una especie de arrepentimiento y por eso se busca de dónde viene el asunto), en fin, negando lo que molesta expresamos lo que hubiéramos querido hacer. Es un asunto del deseo, que como decía Spinoza, es una idea falsa pero que, como la utopía, mueve. Pero llega la literatura<sup>7</sup>, que es la conciencia amplia y sin compromisos, y pone de manifiesto lo que estábamos tratando de negar, que es quizá lo que más vivos nos hizo sentir, pues en la negación hay una situación extrema, confrontadora, un querer ser querido sin poderlo, un espacio en negro que teme la mera cabeza de un fósforo, un saltar de un lado al otro mostrando lo que había en ese espacio, un asomar la cabeza por un postigo, estando en pelota detrás.

El libro de Jairo Osorio Gómez es una conciencia, algunos dirán que una mala conciencia (los negadores), pero la conciencia no es buena ni mala, es solo un saber inevitable, eso que no admite el olvido porque nadie se olvida de su propio rostro; de hecho, todos los días nos miramos al espejo para certificar que nuestra cara siga siendo la que es, y no otra. Somos y en esto que somos aprendemos, tomamos decisiones, nos balanceamos como péndulo, nos asustamos y reímos. Y siendo, cambiamos. Porque si algo es la vida, es el cambio. No estamos condenados a nada, solo a seguir siendo en lo que pasa, sea porque haya pasado, sea porque va a pasar. La vida entre los hombres y mujeres es un episodio que se cuenta del principio hasta el final, pero en ese espacio quedan cosas (siempre las hay) que si no las cuenta el uno, las cuenta el otro. Las palabras contenidas calientan la lengua y por eso hay que soltarlas, dirá una señora chismosa, dirá un escritor, recomendará un interrogador.

<sup>6</sup> Como hizo Freud con el amor desmesurado a su madre.

<sup>7</sup> Aclaro que literatura no es todo lo que aparece impreso sino lo que se escribe con el corazón en la mano, pero sin rabia. Queriendo lo que somos, lo bueno y lo malo, que solo por opuestos se entiende el mundo.

Vivimos tiempos de conciencia ampliada, tantas cosas pasan. Y en esta conciencia que unos tratan de evadir haciendo gambetas o cubriéndose la cabeza, las cosas son como son. Y así las deformemos, debido al efecto de *resiliencia* o de *conatus*<sup>8</sup>, vuelven y toman su forma. Entonces no hay olvido, solo hechos anclados en el pasado, listos a aflorar cuando se los requiera o algo nos incite. Y en esta carencia de olvido, que es la conciencia permanente, nos vemos haciendo y deshaciendo, saltando y reptando, entrando en lo estrecho y saliendo por lo amplio (o por donde sea, que hay gente que entra por una y sale por otra). Si tomamos una novela como *Los hermanos Karamazov*, de Fiodor Dostoyevski, ahí nos vemos. Si tomamos el libro de *Familia*, de Jairo Osorio, ahí nos vemos. A lo largo de la historia nos hemos visto en las familias propias y las conocidas, que a fin de cuentas son nuestro lugar en la tierra, el sitio al que nos llegó el tiempo y las historias cercanas, donde nos hicimos para bien o para mal, para seguir ahí o salirse. Y en las que evolucionamos, porque la evolución se da en grupo, entre muchos y no, como aseguran los espiritualistas, de a uno en uno. Uno solo no existe, decía Freud, pero no solo porque lo diga él es cierto. Se prueba fácil: sin otros ahí presentes no se podría configurar el yo, que es lo que queda después de haber heredado lo que nos llega a diario, ya en forma de una persona que no esperábamos, ya en una conversación que apareció y hubo que darle continuación, pues si no nos confesamos unos a otros, terminamos locos.

*Familia* es una herencia y ha producido un escritor. Y con él una conciencia. Ya esto le da un sitio en esto que nos es inevitable.

Escrito en Medellín, viendo pasar gente.  
Un domingo de 2016 con muchas nubes encima.

---

<sup>8</sup> El primero un término usado en física, y el segundo usado por Baruj Spinoza

